

Andrew DOBSON, *Pensamiento político verde. Una nueva ideología para el siglo XXI*, Paidós, Barcelona, 1997, 270 pp., traducción de José Pedro Tosaus.

En los setenta se levantó la voz de alarma por la crisis del medio ambiente. En los ochenta fueron las cuestiones relacionadas con la manipulación de la vida humana las que dispararon el interés de la opinión pública mundial. En los noventa, el centro de las preocupaciones gira entorno a cómo alcanzar la integración entre culturas diferentes. Ecologismo, bioética y multiculturalismo constituyen tres campos que, por las inmediatas y trascendentes consecuencias que pueden tener para la humanidad, son objeto principal de estudio desde la filosofía práctica. Cada uno de estos racimos de cuestiones ha generado su propia terminología; y el acceso y discusión sobre esas cuestiones pasa por una cierta iniciación terminológica.

El libro de Andrew Dobson *Pensamiento político verde. Una ideología para el siglo XXI*, trata de ser esa guía que permita adentrarse en la discusión acerca del ecologismo. Dobson es profesor de Política en la Universidad de Keele (Gran Bretaña). Antes de ocuparse de los problemas relacionados con el papel de la naturaleza en la teoría política moderna, trabajó sobre el pensamiento político de Ortega y de Sartre.

Dobson entiende que el ecologismo es una ideología, pero una ideología peculiar porque se desmarca tanto de las ideologías propias de la Modernidad como de lo que llama medioambientalismo. Se desmarca de las ideologías modernas porque, a diferencia de éstas, el ecologismo parte de la «convicción de que hay límites naturales para el crecimiento» (p. 37). Pero lo que más le interesa subrayar es la distinción entre el ecologismo y el medioambientalismo: «el medioambientalismo aboga por una aproximación administrativa a los problemas ambientales, convencido de que pueden ser resueltos sin cambios fundamentales en los actuales valores o modelos de producción y consumo, mientras que el ecologismo mantiene que una existencia sustentable y satisfactoria presupone cambios radicales en nuestra relación con el mundo natural no humano y en nuestra forma de vida social y política» (p. 22).

En estos momentos, en que son pocos los que renuncian a calificarse como ecologistas, viene muy bien esta distinción entre quienes consideran que la crisis ambiental no es más que una disfuncionalidad técnica, capaz de ser resuelta por el mismo sistema, y quienes estiman que el problema radica en una concepción errada acerca del lugar del hombre en el mundo. Estos últimos son los propiamente ecologistas, que cuentan con una verdadera ideología, constituida por sus tres elementos fundamentales: una *interpretación* propia del mundo, un nuevo *orden* que debe implantarse derivado de esa interpretación, y una *estrategia* para que ese nuevo orden llegue a ser realidad. Por ello, el núcleo del libro (caps. 2, 3 y 4) se centra en «exponer las ideas con que los verdes radicales describen el mundo social y político (cap. 2), prescriben una acción dentro de él (cap. 3) e intentan motivarnos para dicha acción (cap. 4)» (p. 34). El último capítulo trata de las relaciones entre el ecologismo y dos ideologías que le son vecinas pero que, entre otras cosas por esa misma vecindad, están frecuentemente dominadas por la confrontación más que por la cooperación: el socialismo y el ecofeminismo (cap. 5).

Quizá la idea que más destaque Dobson a lo largo del libro es la de las diferencias entre ecologismo y medioambientalismo, hasta el punto de considerarlas contrapuestas. Ello es así porque el ecologismo se funda sobre la puesta en cuestión del proyecto ilustrado de la Modernidad, en el que el hombre es el centro del universo y la razón la herramienta con la que lograr el dominio total

sobre la naturaleza. Para el ecologismo, por el contrario, el punto de partida es el carácter limitado del mundo natural, el reconocimiento de un valor intrínseco a la naturaleza y, en consecuencia, la exigencia de liquidar el modelo del industrialismo, que no reconoce límites ni valor a la naturaleza.

Frente a esto, sostiene Dobson, «los medioambientalistas no suscriben necesariamente la tesis de los límites del crecimiento, ni pretenden, en general, dismantelar el industrialismo. Es improbable que defiendan el valor intrínseco del medio ambiente no humano y rechazarán cualquier afirmación de que nosotros (como especie) necesitemos una reconstrucción metafísica. Por lo común, los medioambientalistas creerán que la tecnología puede resolver los problemas que genera, y probablemente considerarán la fórmula de que «sólo una forma de vida "frugal" proporcionará sustentabilidad como una solemne tontería» (p. 60). Según esto, lo que entendemos generalmente como política verde no es propiamente la ideología ecologista.

Después de señalar que una cosa son las posturas medioambientalistas y otra cualitativamente distinta la ideología ecologista, Dobson se centra en el estudio de ésta, comenzando por la visión del mundo que propone. Frente al universo mecanicista de la Modernidad, constituido por elementos independientes jerárquicamente organizados, el ecologismo propone una visión del universo formada por partículas interdependientes entre sí y sustancialmente iguales: frente a la jerarquía, el igualitarismo; y frente a la independencia, la interdependencia.

Esa visión, que se apoya en la física probabilística de Bohr, comporta una nueva construcción metafísica del yo. Se trata de ir más allá del individuo como identidad corporal aislada y alcanzar la mayor identificación posible con el mundo no humano. De esta manera, la ética deja de verse como un código de conducta y se convierte en la consecuencia natural de esa ecología transpersonal: «si uno tiene un sentido del yo amplio, expansivo o como un campo, entonces protegerá de forma natural el despliegue natural del yo expansivo (la ecosfera, el cosmos) en todos sus aspectos» (Fox, *cit.* en p. 81). Las relaciones del hombre con la naturaleza no consisten en un conjunto de deberes derivados del valor intrínseco del objeto natural; más bien, son la consecuencia espontánea de nuestra identificación con el mundo no humano.

«La piedra angular de la política verde radical es la creencia de que nuestra tierra finita pone límites al crecimiento industrial» (p. 97). Si el hombre forma parte de la naturaleza y el mundo en que habita es limitado, los principios que deberán orientar su comportamiento serán vivir lo más próximo a la naturaleza y reducir el consumo para no agotar los recursos.

Esa reducción del consumo pasa por cuestionar el puesto de la tecnología en la sociedad, ya que ha sido precisamente ella la causante de buena parte de los problemas que ahora tratamos de combatir. A su vez, es imprescindible distinguir entre necesidades del ser humano y simples deseos porque, como decía Gandhi, el mundo tiene recursos para atender las necesidades de todos, pero no los caprichos. Por último, el ecologismo radical estima que el modo más eficaz de reducir el consumo consistiría en reducir el número de consumidores. En este marco, Dobson recuerda –y critica como no aceptada de forma general por los ecologistas– la teoría del bote salvavidas de Hardin, «según la cual, si en un bote salvavidas sólo hay sitio suficiente para que puedan sobrevivir diez personas, la undécima (generalmente entendida como las poblaciones del Tercer Mundo) tendría que ser tirada por la borda» (p. 122).

Junto a la necesidad de una vida frugal, se aboga por el arraigo a la propia tierra, lo que conduce al biorregionalismo: que cada uno viva en la biorregión en que ha nacido y con los recursos que en ella se encuentre. La crítica de la desigual dotación de las regiones por lo que respecta a los recursos naturales,

la despachan los biorregionalistas diciendo que todas las biorregiones (de los Estados Unidos) pueden proporcionar a sus residentes alimento, energía, cobijo y vestidos. Dobson subraya las situaciones de injusticia que generaría una actitud semejante.

Una concepción del mundo y unos principios de actuación requieren de una estrategia que pueda convertir esas ideas en realidad. La cuestión, por lo que se refiere al ecologismo, resulta complicada porque se puede convencer a la gente de que modifique determinados comportamientos para no sufrir un daño futuro mayor pero es muy difícil convencerla de que debe consumir menos –como pretenden los ecologistas– en base al igual derecho del resto de la naturaleza a vivir. A esta dificultad hay que añadir la tendencia de los ecologistas a rechazar el uso de los cauces oficiales de participación al considerar que conducen a una integración de la ideología ecologista en la sociedad cuando, en realidad, la aspiración es precisamente cambiar esa sociedad.

A pesar de sus reticencias, los ecologistas han utilizado las vías institucionales junto a las informales. Respecto a aquéllas, Dobson nos refiere los conflictos que se suscitaron, sobre todo dentro del partido verde alemán, entre la fidelidad a los postulados ecologistas y la conveniencia de adaptarse a las reglas del juego político establecido. En todo caso, los ecologistas se sienten más cómodos en el terreno de lo informal. Por eso, ante la cuestión, ¿qué podemos hacer realmente para cambiar la sociedad?, inmediatamente hacen suyas las palabras de Schumacher: «cada uno de nosotros podemos trabajar para poner en orden el interior de nuestra propia casa» (*cit.* en p. 166).

Aunque estos tres movimientos se suelen englobar bajo la carpa de lo alternativo, lo cierto es que las relaciones entre ellos no han sido fáciles. En cualquier caso, tanto por la confrontación como por la influencia recíproca que se ha dado entre ellas, la evolución del ecologismo no se comprende si no se estudian estas relaciones. A ellas se dedica el último capítulo del libro.

Dobson parte de la idea de que el debate entre ecología política y socialismo es un debate *entre* diferentes modos de pensamiento y acción, mientras que el debate ecofeminista es un debate *dentro* de un modo de pensamiento y acción (p. 223). En concreto, la cuestión que centra el debate entre socialistas y verdes radicales es la de saber si la fuente de los problemas está en las relaciones de producción (postura socialista) o en el modo mismo de producción (postura ecologista). Para los ecologistas, los intereses del capital y de los trabajadores resultan convergentes desde la aparición de la crisis ecológica, que es la principal amenaza para la supervivencia planetaria. El problema ya no sería tanto el capitalismo como el modelo de producción industrialista. Los socialistas, por el contrario, siguen sosteniendo que la fuente de los problemas sociales –y también de los ecológicos– está en las relaciones conflictivas entre capital y trabajadores, y que la solución está en el cambio de las mismas.

Los socialistas critican el concepto de medio ambiente de los ecologistas por considerarlo demasiado estrecho, al reducirlo a los espacios naturales intactos, cuya preservación constituye el objetivo prioritario de su actuación. Los socialistas amplían el concepto de medio ambiente para incluir todos los ámbitos donde se despliegan las relaciones de los seres humanos entre sí y con la naturaleza. Ello exigirá que la preocupación por los parques naturales vaya acompañada, e incluso precedida de, por ejemplo, la preocupación por la salubridad en los lugares de trabajo o la contaminación de las ciudades.

Los ecologistas, por su parte, critican a los socialistas por su desconsideración de los límites del crecimiento. Éstos se defienden diciendo que su preocupación es «no abandonar el humanismo por condescender en exceso con los supuestos verdes acerca de los límites naturales de la transformación de la naturaleza» (Pepper, *cit.* en p. 218). Aunque no rechazan por completo la cues-

ción acerca de los límites, piensan que la excesiva preocupación de los ecologistas por éstos, se ha convertido en una excusa para descuidar el objetivo de abolir la pobreza y crear unas condiciones de vida más equitativas.

Aunque Dobson no lo mencione (porque la primera edición de la versión original del libro es de 1990, y apenas lo ha incluido en la segunda, que es de 1995), el *Environmental Justice Movement*, surgido en los Estados Unidos a lo largo de los noventa, ha sintetizado los principios del ecologismo y del socialismo tradicionales en una fórmula que aspira a la mayor igualdad social mediante un reparto más equitativo de los costes ambientales del crecimiento. Este intento de convergencia reconoce simultáneamente la necesidad de ampliar el concepto de medio ambiente que debe ser protegido y de contar con el carácter limitado de los recursos naturales.

Aunque el ecofeminismo es un movimiento que ha desarrollado muchas ramificaciones en los últimos años, Dobson centra el análisis en dos aspectos: su confrontación con el movimiento de la ecología profunda (*deep ecology*) y la polémica dentro del ecofeminismo, entre el ecofeminismo de la diferencia y el ecofeminismo deconstructivo.

El ecofeminismo ha sido muy crítico con la *deep ecology* por estimar que la denuncia de antropocentrismo vertida sobre todos los seres humanos, como causa de la crisis ecológica, era injusta al incluir en ella a las mujeres. Éstas habrían sido, más bien, víctimas que responsables del deterioro de la naturaleza porque, de hecho, se ha tendido históricamente a identificarlas con ella. Por eso, más que de antropocentrismo, ellas creen que se debe hablar de androcentrismo.

Pero, dentro del ecofeminismo, no existe acuerdo acerca de la consideración de los valores femeninos y de la estrategia adecuada para conseguir la igualdad entre los seres humanos y la armonía con la naturaleza. Las ecofeministas de la diferencia sostienen que existen unos valores que son propios de las mujeres, que la dominación de la naturaleza está relacionada con la de las mujeres, y que «las mujeres están más cerca de la naturaleza que los hombres y, por tanto, están potencialmente en la vanguardia por lo que respecta al descubrimiento de modos sustentables de relacionarse con el medio ambiente» (p. 224). Se trata de conseguir que esos valores femeninos informen las relaciones sociales y con la naturaleza. Las ecofeministas deconstructivas, por el contrario, se niegan a hablar de valores femeninos porque estiman muy difícil discernir cuáles lo son y cuáles no; y porque, en lo que se define como valores femeninos, no sólo existen aspectos positivos sino también otros negativos que la completa asunción de la categoría de valores femeninos nos impediría separar. Frente a ese ecofeminismo de la diferencia, que las deconstructivistas ven anclado en el pensamiento dualista de la modernidad, hacen una propuesta superadora: «las mujeres han encarnado una elección inaceptable dentro del patriarcado con respecto a su antigua identidad como naturaleza. O la aceptan (naturalismo) o la rechazan (y ratifican el modelo de autoridad dominante). La atención a la problemática dualista muestra un modo de resolver este dilema. Las mujeres deben ser tratadas como tan plenamente humanas y tan plenamente parte de la cultura humana como los hombres. Pero tanto hombres como mujeres deben cuestionar la concepción dual de la identidad humana y crear una cultura alternativa que reconozca plenamente la identidad humana como continua con la naturaleza, y no ajena a ella» (Plumwood, *cit.* p. 228).

Otra crítica que el ecofeminismo deconstructivo hace al ecofeminismo de la diferencia es que su estrategia puede conducir a una perpetuación del estado de sometimiento de la mujer al varón. Si la estrategia consiste en que la gente adopte los modos «femeninos» de relacionarse con el mundo para llegar a la armonía con él, lo más probable es que lo hagan de nuevo las mujeres y no los

hombres, con lo que se mantendrá la explotación de las mujeres y de la naturaleza.

Creo que el mérito y la carencia del libro *Pensamiento Político Verde* está en ser una excelente introducción a la ideología ecologista en el ámbito anglosajón. Lo que Dobson define como ideología ecologista no es, en realidad, más que la expresión anglosajona de la misma: y eso hace que un ecologista continental, y no digamos un ecologista del Tercer Mundo, no se sientan identificados con la descripción propuesta por Dobson. Ello no obsta para que el libro resulte una excelente guía en el proceloso mar del ecologismo anglosajón; mar de aguas poco transparentes –porque las discusiones y polémicas se han llevado hasta extremos que las vuelven estériles– y, al mismo tiempo, superficiales –porque ese discurso ecologista no parece capaz de afrontar la cuestión antropológica y cosmológica clave para repensar las relaciones del hombre con la naturaleza–.

Vicente BELLVER CAPELLA
Universitat de València